



LEV GROSSMAN

EL BOSQUE MÁGICO

«Lev Grossman se enfrenta a un reto,
y de una manera triunfal.»
George R. R. Martin

Quentin y Julia son dos de los cuatro reyes de Fillory, un reino de fantasía perfecto. Pero, de repente, se hallan de vuelta en el deprimente mundo de Massachussetts de donde proceden. Su *queste* ha fracasado. ¿Lograrán volver al país de sus sueños?

Para Sophie

Ahora buscaremos aquello que no vamos a encontrar.

Sir THOMAS MALLORY
Le Morte d'Arthur

LIBRO PRIMERO

1

Quentin montaba una yegua gris con cuartillas blancas llamada *Dauntless*. Llevaba unas botas negras de cuero hasta las rodillas, mallas de colores y un sobretodo largo color azul marino profusamente bordado con aljófares e hilo de plata. Iba tocado con una pequeña corona de platino. Una espada reluciente le rebotaba contra la pierna, no de las de tipo ceremonial sino de las de verdad, de las que sirven para luchar. Eran las diez de la mañana de un día caluroso y nublado de finales de agosto. Era la viva imagen de lo que debía ser un rey de Fillory. Iba a la caza de un conejo mágico.

Al lado del rey Quentin cabalgaba la reina Julia. Les precedían otra reina y otro rey, Janet y Eliot; Fillory contaba con cuatro gobernantes en total. Cabalgaban a lo largo de un sendero boscoso de árboles cuyas copas se unían formando un arco repleto de hojas amarillentas, desperdigadas de forma tan perfecta que parecían haber sido cortadas y colocadas allí por un florista. Avanzaban en silencio, con lentitud, juntos pero absortos en sus pensamientos, con la mirada perdida en las profundidades verdosas de los bosques al final del verano.

Se trataba de un silencio fácil. Todo era fácil. Nada costaba. El sueño se había convertido en realidad.

—¡Deteneos! —gritó Eliot.

Se pararon. El caballo de Quentin no se detuvo a la vez que los otros caballos; *Dauntless* se salió un poco de la fila y del sendero antes de que él la convenciera definitivamente de que dejara de caminar un puñetero momento. Hacía

dos años que era rey de Fillory y seguía siendo un jinete pésimo.

—¿Qué ocurre? —preguntó.

Permanecieron sentados un rato. No había prisa. *Dauntless* bufó una vez en el silencio en señal de arrogante desprecio equino por cualquier actividad humana que creyeran estar acometiendo.

—Me ha parecido ver algo.

—Estoy empezando a plantearme —dijo Quentin— si es siquiera posible seguirle el rastro a un conejo.

—Es una liebre —corrigió Eliot.

—Da igual.

—No da igual. Las liebres son mayores. Y no viven en madrigueras, hacen la guarida en terreno abierto.

—No empieces —dijeron Julia y Janet al unísono.

—Mi verdadera pregunta es la siguiente —reconoció Quentin—. Si el conejo ese es realmente capaz de ver el futuro, ¿no sabrá que intentamos cazarlo?

—Ve el futuro —informó Julia, que estaba a su lado, con voz queda—, pero no puede cambiarlo. ¿Vosotros tres discutíais tanto cuando estabais en Brakebills?

Llevaba un traje de amazona negro sepulcral y una capucha, también negra. Siempre vestía de negro, como si estuviera de luto, aunque a Quentin no se le ocurría qué muerte podía llorar. Con toda naturalidad, como si llamara a un camarero, Julia hizo que un pequeño pájaro cantor se le posara en la muñeca y lo alzó hasta la altura de la oreja. Trinó algo, ella le dedicó un asentimiento y el pájaro se marchó volando otra vez.

Nadie se percató, salvo Quentin. Ella siempre daba y recibía mensajitos secretos de los animales parlantes. Era como si estuviera conectada a una red inalámbrica distinta a la de los demás.

—Tenías que habernos dejado traer a Jollyby —dijo Janet. Bostezó mientras se llevaba el dorso de la mano a la boca. Jollyby era Maestro de Caza en el castillo de Whites-

pire, donde residían todos. Solía supervisar ese tipo de excursiones.

—Jollyby es genial —afirmó Quentin—, pero ni siquiera él es capaz de seguirle el rastro a una liebre en el bosque. Sin perros. Cuando no hay nieve.

—Sí, pero Jollyby tiene unas pantorrillas muy desarrolladas. Me gusta mirárselas. Va con esas mallas de hombre.

—Yo llevo mallas de hombre —dijo Quentin fingiéndose ofendido.

Eliot masculló algo ininteligible.

—Supongo que está por aquí. —Eliot seguía escudriñando los árboles—. A una distancia prudencial... Es imposible mantener a ese hombre lejos de una cacería real.

—Cuidado con lo que persigues —advirtió Julia—, no sea que le des alcance.

Janet y Eliot intercambiaron una mirada: más sabiduría inescrutable de Julia. Pero Quentin frunció el ceño. Las palabras de Julia tenían sentido a su manera.

Quentin no había sido siempre rey, ni de Fillory ni de ningún otro sitio. Ninguno de ellos lo había sido. Quentin se había criado como una persona normal, sin capacidad para la magia ni nada que ver con la realeza, en Brooklyn, en lo que, a pesar de todo, seguía considerando el mundo real. Había creído que Fillory era una ficción, una tierra encantada que existía sólo como marco de una serie de novelas fantásticas para niños. Pero luego había aprendido a hacer magia en un colegio secreto llamado Brakebills, y él y sus amigos habían descubierto que Fillory era verdadera.

No era lo que esperaban. Fillory era un lugar más siniestro y peligroso en la vida real que en los libros. Allí ocurrían cosas malas, cosas terribles. Había personas que resultaban heridas e incluso asesinadas. Quentin regresó a la Tierra escandalizado y desesperado. Se le volvió el pelo blanco.

Pero luego él y los demás se habían serenado y regresado a Fillory. Se enfrentaron a sus miedos y a sus pérdidas y ocuparon su lugar en los cuatro tronos del castillo de Whi-

tespire y fueron coronados reyes y reinas. Y fue maravilloso. A veces a Quentin le costaba creer que hubiera pasado por todo aquello mientras que Alice, la chica que amaba, había muerto. Era difícil aceptar todo lo bueno que tenía ahora cuando Alice no había vivido para verlo.

Pero no le quedaba más remedio. De lo contrario, ¿qué finalidad había tenido su muerte? Descolgó el arco, se puso de pie en los estribos y miró a su alrededor. Notó una sensación agradable cuando unas burbujas de rigidez le explotaron en las rodillas. No se oía ningún sonido aparte del susurro de las hojas al caer deslizándose por encima de otras hojas.

Una bala color gris pardusco cruzó el sendero como un rayo a trescientos metros delante de ellos y se esfumó en la maleza rápidamente. Con un movimiento rápido y fluido fruto de muchas horas de práctica Quentin sacó una flecha y la colocó. Podía haber utilizado una flecha mágica pero no le pareció jugar limpio. Apuntó durante un buen rato, tensándose por la fuerza del arco, y lanzó.

La flecha se clavó en el terreno margoso hasta las plumas, justo donde había estado el destello de las patas de la liebre hacía unos cinco segundos.

—Por poco —dijo Janet inexpresiva.

No había forma humana posible de cazar a aquel animal.

—Seguidme, ¿vale? —gritó Eliot—. ¡Vamos!

Espoleó al caballo de batalla negro, que gimió, se levantó y alzó los cascos en el aire vacío antes de internarse a toda prisa en el bosque para ir a por la liebre. El estrépito de su avance por entre los árboles se dispó casi de forma inmediata. Las ramas rebotaron para recuperar su posición inicial detrás de él y volvieron a quedarse quietas. Eliot era un jinete avezado.

Janet le observó partir.

—Hola, Silver —dijo—. ¿Qué estamos haciendo aquí fuera?

La pregunta tenía sentido. El objetivo verdadero no era cazar la liebre. El objetivo era... ¿cuál era el objetivo? ¿Qué buscaban? En el castillo vivían una existencia colmada de placeres. Tenían a todo el personal dedicado a garantizar que todos los días de su vida fueran absolutamente perfectos. Era como ser los únicos huéspedes de un hotel de veinte estrellas del que nunca había que marcharse. Eliot se sentía en el paraíso. Era lo que siempre le había gustado de Brakebills (el vino, la comida, la ceremonia) sin ningún tipo de esfuerzo. A Eliot le encantaba ser rey.

A Quentin también le encantaba pero estaba inquieto. Buscaba algo más. No sabía de qué se trataba. Pero cuando habían avistado a la Liebre Vidente en el área metropolitana de Whitespire se dio cuenta de que quería dedicar un día a hacer algo de provecho. Quería cazarla.

La Liebre Vidente era una de las Bestias Únicas de Fillory. Había doce; la Bestia Buscadora, que en una ocasión había concedido tres deseos a Quentin, era una de ellas, al igual que la Gran Ave de la Paz, un ave desgarrada que no volaba parecida a un casuario capaz de detener una batalla apareciendo entre los dos ejércitos contrarios. Sólo había un ejemplar de cada, de ahí el nombre, y cada uno de ellos poseía un don especial. El Supervisor No Visto era un gran lagarto capaz de volver invisibles a las personas durante un año, si así lo deseaban.

Las personas raras veces las veían, y mucho menos las apresaban, así que se oían muchas tonterías sobre ellas. Nadie sabía de dónde venían ni qué sentido tenían, si es que lo tenían. Siempre habían estado allí, eran elementos permanentes del paisaje encantado de Fillory. Al parecer eran inmortales. El don de la Liebre Vidente era predecir el futuro de toda persona que la apresara, o al menos así rezaba la leyenda. Hacía siglos que nadie la había cazado.

No es que el futuro fuera una cuestión apremiante en esos momentos. Quentin se figuró que tenía una idea bas-

tante acertada de lo que le esperaba en el futuro, y no difería demasiado del presente. La buena vida.

Habían encontrado el rastro de la liebre con anterioridad, cuando la mañana era todavía brillante y estaba cubierta de rocío, y salieron a cabalgar cantando el estribillo de «Kill the Wabbit» con la melodía de «Cabalgata de las valquirias» con sus mejores voces estilo Elmer el Gruñón. Desde entonces la liebre había recorrido kilómetros en zigzag a través de los bosques, deteniéndose y volviendo a arrancar, describiendo círculos y volviendo sobre sus pasos, escondiéndose entre los matorrales y luego cruzándose de repente por delante de su camino, una y otra vez.

—No creo que vuelva —sentenció Julia.

Últimamente no estaba muy habladora, y por algún motivo casi no empleaba monosílabos.

—Bueno, aunque no podamos seguirle el rastro a la liebre, sí que podemos seguirle el rastro a Eliot. —Janet indicó con suavidad a su montura que se apartara del sendero y se internara en el bosque. Llevaba una blusa color verde musgo escotada y zahones de hombre. Su tendencia a mezclar ropa de hombre y de mujer había sido el escándalo de la corte ese año.

Julia no montaba un caballo sino un enorme cuadrúpedo peludo que ella llamaba civeta, que parecía una civeta normal, larga, marrón y ligeramente felina, con un lomo curvado con fluidez, salvo por el hecho de que tenía el tamaño de un caballo. Quentin sospechaba que sabía hablar pues los ojos le brillaban con un poco más de sensibilidad de la esperada, y siempre daba la impresión de seguir sus conversaciones con excesivo interés.

Dauntless no quería seguir a la civeta, que exudaba un olor almizclado y poco equino, pero obedecía órdenes, aunque con cierto rencor y rigidez en el paso.

—No he visto a ninguna dríada —dijo Janet—. Pensaba que habría dríadas.

—Yo tampoco —reconoció Quentin—. Ya no se las ve en Queenswood.

Era una pena. Le gustaban las dríadas, las ninfas misteriosas que vigilaban a los robles. Uno se daba cuenta de que realmente estaba en un mundo mágico y fantástico cuando una mujer hermosa vestida con un escueto vestido hecho con hojas saltaba de un árbol de forma repentina.

—Había pensado que a lo mejor podían ayudarnos a cazarla. ¿No puedes llamar o invocar a una o algo así, Julia?

—Puedes llamarlas todo lo que quieras que no vendrán.

—Me paso un montón de tiempo escuchándolas despotricar sobre el reparto de tierras —dijo Janet—. ¿Y dónde están si no están aquí? ¿Existe algún bosque más guay y más mágico en algún sitio que ellas frecuenten?

—No son fantasmas —dijo Julia—. Son espíritus.

Los caballos pasaron con cuidado por encima de una berma que era demasiado recta para ser natural. Un viejo terraplén de una época antigua e irrecuperable.

—A lo mejor podríamos conseguir que se quedaran —sugirió Janet—. Ofreciéndoles algún incentivo por ley. O deteniéndolas en la frontera. Es una putada que no haya más dríadas en Queenswood.

—Buena suerte —dijo Julia—. Las dríadas pelean. Tienen la piel como de madera. Y tienen bastones.

—Nunca he visto luchar a una dríada —reconoció Quentin.

—Eso es porque nadie es tan tonto como para enfrentarse a una de ellas.

La civeta, consciente de cuándo la situación daba pie para escabullirse, decidió salir disparada. De hecho, dos robles robustos se hicieron a un lado para que Julia pasara entre ellos. Luego volvieron a juntarse y Janet y Quentin tuvieron que tomar el camino más largo.

—Fíjate en lo que dice —comentó Janet—. Se le han subido los humos a la cabeza. Estoy harta de su actitud «yo

soy más filoriana que vosotros». ¿Has visto cómo hablaba con el pajarraco ese?

—Oh, déjala en paz —dijo Quentin—. No le pasa nada.

Pero, a decir verdad, Quentin estaba bastante convencido de que a la reina Julia le pasaba algo.

Julia no había aprendido la magia que sabía igual que ellos, siguiendo las etapas seguras y metódicas del sistema de Brakebills. Ella y Quentin habían ido juntos al instituto, pero ella no había entrado en Brakebills sino que se había convertido en una bruja disidente y había aprendido el oficio por su cuenta, fuera del sistema. No se trataba de magia oficial ni institucional. Desconocía capítulos enteros de saber popular y tenía una técnica tan chapucera y disparatada que a veces le costaba creer que llegara a funcionar.

Pero también sabía cosas que Quentin y los demás desconocían. No había tenido al profesorado de Brakebills encima durante cuatro años para asegurarse de que no sobrepasaba los límites establecidos. Había hablado con gente con la que Quentin nunca habría hablado, aprendido cosas a las que sus profesores nunca le habrían permitido acercarse. La magia de ella poseía unos bordes afilados e irregulares que nunca se habían limado.

Se trataba de un tipo distinto de educación y la diferenciaba de los demás. Hablaba de un modo distinto; Brakebills les había enseñado a ser condescendientes e irónicos con respecto a la magia, pero Julia se la tomaba en serio. Iba de siniestra de los pies a la cabeza, con un vestido de novia negro y lápiz de ojos negro. A Janet y a Eliot les parecía raro, pero a Quentin le gustaba. Se sentía atraído por ella. Era rara y siniestra, y Fillory los había convertido en seres prácticamente transparentes, Quentin incluido. A él le gustaba que ella no fuera del todo normal y que no le importara quién lo sabía.

A los filorianos también les gustaba. Julia mantenía una relación especial con ellos, sobre todo con los más exóticos, los espíritus, los seres elementales y los *jinnis*, e incluso

con los seres más extraños y extremos, el elemento marginal, en la zona borrosa situada entre lo biológico y lo completamente mágico. Era su reinabruja y la adoraban.

Pero Julia había tenido que pagar un precio por su educación, era difícil señalar qué, pero fuera lo que fuese le había dejado huella. Daba la impresión de no querer ni necesitar ya compañía humana. En medio de una cena de estado o un baile real o incluso una conversación, perdía interés y se distraía. Le pasaba cada vez más a menudo. A veces Quentin se planteaba exactamente qué alto precio había tenido que pagar por sus conocimientos, y cómo lo había pagado, pero siempre que le preguntaba, ella eludía la cuestión. A veces se preguntaba si es que se estaba enamorando de ella. Otra vez.

Se oyó una corneta a lo lejos, tres notas limpias de plata de ley, amortiguada por el silencio pesado de los bosques. Eliot tocaba una llamada a la caza.

No era como Jollyby, aunque era una llamada perfectamente creíble. No era muy partidario de redactar leyes, pero Eliot era meticuloso con la etiqueta real, que incluía seguir el protocolo de caza filoriano al pie de la letra (aunque matar le parecía de mal gusto y solía evitarlo). El toque de corneta fue suficiente para *Dauntless*. La yegua tembló, electrizada, aguardando la orden de salir disparada. Quentin dedicó una amplia sonrisa a Janet y ella se la devolvió. Él gritó como un vaquero, espoleó a la montura y se marcharon.

Era una locura, como una persecución a toda velocidad por tierra, teniendo en cuenta que había zanjas que se abrían ante ellos sin previo aviso y ramas bajas que descendían de no se sabía dónde para intentar asestarles un golpe en la cabeza (no literalmente, claro está, aunque nunca se sabe a ciencia cierta con algunos de esos árboles viejos y retorcidos). Pero, qué coño, para eso está la magia curativa. *Dauntless* era una purasangre. Habían estado poniéndose

en marcha, parando y dando vueltas toda la mañana y se moría de ganas de romper las ataduras.

Además, ¿cuántas veces tenía la posibilidad de arriesgar la vida de su real persona? ¿Cuándo era la última vez que había lanzado un conjuro? No podía decirse precisamente que su vida estuviera trufada de peligros. Se pasaban todo el día entre almohadones y por las noches se ponían ciegos de comer y beber. Últimamente siempre que se sentaba se producía una interacción desconocida entre su abdomen y la hebilla del cinturón. Desde que ascendió al trono debía de haber engordado unos siete kilos. No era de extrañar que los reyes se vieran tan gordos en los cuadros. Un día eres el Príncipe Valiente y al siguiente Enrique VIII.

Janet se salió del sendero, guiada por unas notas de corneta más amortiguadas. Los cascos de los caballos daban golpes de satisfacción en la marga compacta del terreno boscoso. Todo lo que resultaba empalagoso de la vida en la corte, toda la seguridad y la comodidad implacable se desvaneció durante unos instantes. Los troncos, bosquecillos, zanjas y viejos muros de piedra pasaron ante sus ojos como una exhalación. Iban alternando estar bajo el sol abrasador y la frescura de la sombra. Su velocidad paralizaba la lluvia de hojas amarillentas en pleno aire. Quentin ganó impulso y cuando llegaron al prado abierto, realizó un giro abierto hacia la derecha, y durante un largo minuto permanecieron uno junto al otro, cabalgando como locos en paralelo.

Entonces, de repente, Janet se paró en seco. Lo más rápidamente posible, Quentin hizo que *Dauntless* redujera el paso y se diera la vuelta respirando con dificultad. Esperaba que su montura no se quedara coja. Tardó unos instantes en darle alcance.

Estaba sentada quieta y recta en la silla de montar, escudriñando la penumbra del bosque a esa hora del mediodía. No se oían más toques de corneta.

—¿Qué pasa?

—Me ha parecido ver algo —respondió ella.

Quentin entrecerró los ojos para mirar. Había algo. Formas.

—¿Es Eliot?

—¿Qué narices están haciendo? —preguntó Janet.

Quentin bajó con brusquedad de la silla de montar, descolgó el arco otra vez y colocó otra flecha. Janet guio a los caballos mientras él tomaba la delantera. Oyó que ella cargaba cierta magia defensiva menor, un escudo ligero, por si acaso. Notaba el zumbido estático que le resultaba familiar.

—Mierda —dijo con voz queda.

Soltó el arco y corrió hacia ellos. Julia se apoyaba en una rodilla y se presionaba la mano contra el pecho, respirando con dificultad o sollozando, no distinguía bien qué. Eliot estaba inclinado hablando con ella con voz queda. La chaqueta de tela dorada le colgaba del hombro.

—No pasa nada —dijo al ver lo pálido que se había quedado Quentin—. La dichosa civeta la ha tirado y ha salido disparada. He intentado retenerla pero no he podido. Está bien, sólo se ha quedado sin aire.

—Estás bien. —Otra vez la misma frase. Quentin le frotó la espalda a Julia mientras ella respiraba entre gemidos—. Estás bien. Te he dicho un montón de veces que utilizaras un caballo normal. Esa bestia nunca me ha gustado.

—A ella tampoco le gustas —alcanzó a decir ella.

—Mira —Eliot señaló hacia la penumbra—, eso es lo que la hizo salir disparada. La liebre ha entrado allí.

A escasos metros había un claro redondo, un apacible círculo de hierba oculto en el corazón del bosque. Los árboles crecían justo hasta el borde, como si alguien lo hubiera despejado a propósito, recortando el borde con precisión. Podía haber sido trazado con un compás. Quentin se acercó a la zona. Una hierba exuberante de un intenso color verde esmeralda crecía sobre un terreno negro abultado. El centro del claro estaba dominado por un único ro-